

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que cuando Don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian; y, acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual, en llegando, le dijo: "Dame, amigo, esa celada; que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas." El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia, con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debía de traer moneda de Su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y mas aventuras, y así, respondió al hidalgo: "Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia, que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer:" y, volviéndose á Sancho, le pidió la celada; el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote; y, sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho: "¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me

ablandan los cascós, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame, si tienes, con qué me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos." Calló Sancho, y dióle un paño, y dió, con él, gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada, por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y, en oliéndolas, dijo: "¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y malmirado escudero!" Á lo que, con gran flema y disimulación, respondió Sancho: "Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? ¡Halládole habeis el atrevido! Á la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas: pues en verdad, que esta vez han dado salto en vago; que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que, si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada.—Todo puede ser," dijo Don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, despues de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: "Ahora, venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona." Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quijote delante, y dijo: "¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué llevais en él? y ¿qué banderas son aquestas?" Á lo que respondió el carretero: "El carro es mio; lo que va en él, son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia á la córte, presentados á Su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.—Y ¿son grandes los leones? preguntó Don Quijote.—Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de África á España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero, como estos, ninguno: son hembra y macho; el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer." Á lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco: "¿Leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues ¡por Dios, que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre; y, pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les

daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envian.—¡Ta, ta! dijo á esta sazón entre sí el hidalgo; dado há señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones, sin duda, le han ablandado los cascós y madurado los sesos." Llegóse en esto á él Sancho, y díjole: "Señor: por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que, si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.—Pues ¿tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.—Yo haré que no lo sea," replicó el hidalgo; y, llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: "Señor caballero: los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridición de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza; cuanto mas, que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones:" y, volviéndose al leonero, le dijo: "¡Voto á tal, don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!" El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasma, le dijo: "Señor mio: vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones; porque, si me las matan, quedará rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.—¡Oh hombre de poca fe! respondió Don Quijote; apéate, y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia." Apeóse el carretero, y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: "Séanme testigos, cuantos aquí están, cómo contra mi voluntad, y forzado, abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren, corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño." Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. Á lo que respondió Don Quijote, que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo, que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. "Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y póngase en salvo." Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y, finalmente, todas las hazañas que habia acometido

en todo el discurso de su vida. "Mire, señor, decía Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto, por entre las verjas y resquicios de la jaula, una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.—El miedo, á lo menos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea, y no te digo mas." Á estas, añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto Don Quijote, el cual, volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requerimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si seria bien hacer la batalla antes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y, desvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazon valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea. Y es de saber, que, llegando á este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice:—¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? ¡Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del *perrillo* cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamás criaron las africanas selvas! Tus mismos hechos sean los que te alaben, ¡valeroso manchego! que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con qué encarecerlos.—Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que, habiendo visto el leonero ya puesto